

**DISCURSO DE CLODOMIRO ALMEYDA MEDINA
EN LOS FUNERALES OFICIALES DE SALVADOR ALLENDE, 4 DE SEPTIEMBRE DE 1990**

Señor presidente de la República, don Patricio Aylwin, señores ministros de Estado, presidentes del Senado, de la Cámara de Diputados, autoridades, señora y compañera Hortensia Bussi de Allende, Isabel, Carmen Paz, señores representantes de gobiernos y pueblos amigos que han querido acompañarnos en estos solemnes momentos, amigas y amigos, compañeras y compañeros.

Llegamos los socialistas chilenos, y junto con nosotros las diversas vertientes políticas democráticas del país, a despedir los restos de Salvador Allende al ingresar a su última morada, como sus compañeros que fuimos en la brega por hacer realidad los grandes valores del humanismo socialista, que nos llevaron a trabajar en común en la misma tienda política por el bien de Chile y un mejor porvenir para su pueblo.

Llegamos también hasta aquí para reparar una injusticia. Durante los largos años en que estuviera interrumpida nuestra vida republicana, se intentó desfigurar la imagen de lo que fue Salvador Allende, buscando hacerlo responsable de aquella ruptura institucional y poniendo en duda hasta sus convicciones democráticas. Por eso ahora, y en este mismo solemne instante en que su cuerpo ingresa al descanso definitivo, es menester reafirmar la verdad de Salvador Allende, denunciar la falsedad de los mitos prefabricados para desvirtuar su imagen y levantar su auténtica figura de político libertario y civilista, irreductible adversario de las tiranías y dictaduras de todos los signos, defensor de las libertades ciudadanas y convencido cultor de los ideales humanistas a los que siempre concibió como complementarios y congruentes con su visión del socialismo.

Venimos igualmente hasta aquí los socialistas a reiterar nuestra voluntad de ser fieles al legado político que nos entregara Salvador Allende, legado que es, en primer lugar, un legado democrático al que evoca la trilogía, democracia, pluralismo y libertad, que no por casualidad estaba siempre presente en el discurso del presidente Allende.

Se acostumbra por ahí decir que la adhesión de la izquierda chilena a los principios democráticos es solo instrumental, mediatizada y oportunista. La vida y obra de Allende es el mejor desmentido que hay que hacer. La internacionalización en su espíritu del contenido permanente del humanismo democrático impregnó todo su quehacer político, ya sea desde la oposición o del gobierno que él presidió, donde imperó siempre la más absoluta libertad, se respetaron los derechos humanos y donde fueron la constitución y la ley los parámetros fundamentales en los que se enmarcó su conducta como gobernante.

Dimensión fundamental del legado político de Salvador Allende es el mensaje de unidad que deja a su pueblo y que representa una de las más transparentes y fecundas enseñanzas que arroja su rica vida política. Allende fue, ya en sus años mozos, consecuente luchador por la unidad de las izquierdas y de las fuerzas democráticas, entendida como condición esencial para promover el avance del país hacia superiores formas de convivencia colectiva. Este rasgo de su vida marca toda su presencia en el escenario político chileno y ello le significó romper estrecheces, superar dogmatismos, mirar la realidad desde un ángulo suprapartidista, anteponer el interés del conjunto a la ventaja parcial y menguada. Esta grandeza de su espíritu, le valió no pocas incomprendiones y

desencuentros con quienes no lograban trascender el presente inmediato y eran incapaces de elevar su mirada hacia perspectivas más lejanas y trascendentes.

La estela de la misión unitaria de Allende estuvo después presente en la resuelta voluntad de la izquierda, durante la dictadura, de entenderse y validarse con todas las otras fuerzas anti dictatoriales, para poner término al régimen militar y posibilitar la transición hacia la democracia. Así como igualmente, esa estela está presente ahora en la unidad de los partidos populares, en la concertación de partidos por la democracia y en su apoyo conjunto y solidario a la gestión presidencial del gobierno de Patricio Aylwin.

Amigas y amigos, cuando Allende de manera metafórica afirmaba que la revolución chilena debía tener sabor a empanada y vino tinto estaba apuntando a la necesidad de enraizar al movimiento popular en nuestra historia y sus tradiciones.

La vía chilena hacia el socialismo de la cual hablaba Allende no debe entenderse como se hubiera creído que nuestra sociedad escapara a las leyes generales que rigen los procesos sociales, sino en el sentido de que esas leyes se manifiestan en nuestra historia a la manera chilena, de acuerdo con la forma en que en nuestro país se han ido dando las constantes de la historia universal.

La condición de estadista de Salvador Allende se manifestaba con acusados caracteres en que su visión del porvenir, transcendía los límites y alcanzaba una dimensión latinoamericana y mundial. Para él, Chile formaba parte de la comunidad histórico cultura que es América Latina y a su vez integraba un mundo cada vez más interconectado por los progresos de la técnica y de la ciencia, con la consecuente interrelación de las economías y por los esfuerzos de los pueblos por resolver en común sus problemas que los afectan.

De allí la presencia entusiasta de Allende en todas las iniciativas que desde su fundación propugnara el socialismo chileno para coordinar las luchas de los partidos afines en su continente latinoamericano, de ahí su permanente contribución a todas las iniciativas favorables a la paz, la distensión y el desarme que se desarrollaron después de la segunda guerra mundial.

De ahí el empeño que durante su gobierno puso en llevar a la práctica esa dimensión bolivariana en su pensamiento, en su política amistosa con todos los pueblos hermanos de la América Latina. De ahí su decisión de incorporar a Chile al movimiento de los no alineados y de vincularlo a los empeños que los pueblos del llamado tercer mundo, realizaban para construir un más justo y nuevo orden económico internacional, inspiración que logró cristalizar con la celebración en Chile de la tercera conferencia internacional para el comercio y el desarrollo, en la cual la participación de Allende, como presidente de Chile, fue descollante y ejemplar. Y en su memorable discurso ante la asamblea general de Naciones Unidas de 1972, el presidente Allende, junto con denunciar las inequidades del orden económico internacional y las presiones e intervenciones de los poderes imperiales para dificultar los esfuerzos de los países en desarrollo para alcanzar su plena emancipación, junto con ello, el primer mandatario chileno enfatizó la significación e importancia del papel de las Naciones Unidas como institución fundamental de la comunidad internacional, destinada a ser instrumento privilegiado en la construcción de un nuevo mundo signado por el señorío de la paz, la seguridad y la equidad en la comunidad internacional.

Salvador Allende fue también particularmente sensible frente al dolor humano. Los padecimientos de las multitudes desposeídas no lo dejaron nunca indiferente y fue precisamente su protesta frente

a la injusticia social y su voluntad de luchar por mitigar esos sufrimientos, y en un último término por suprimir las causas que los originaban, la razón determinante para que abrazara desde su más temprana juventud la causa del socialismo y se vinculara estrechamente con las luchas de su pueblo.

Mas, queridos compatriotas, el valor principal del legado de Salvador Allende es, sin duda, la lección moral que arroja su lealtad a los compromisos que contrajo con sus propias palabras, con su partido y con su pueblo. A diferencia de tantos para quienes las promesas son solo pedazos de papel o trampolín para satisfacer ambiciones personales o de grupos, el compromiso de Allende con la causa de la democracia y con los trabajadores chilenos, fue el norte invariable de su conducta política que alcanzó ribetes heroicos cuando, frente a quienes intentaban arrebatarse el poder que el pueblo le había entregado, selló con su sangre su decisión suprema de morir antes que traicionar el solemne pacto contraído con Chile y su pueblo, de bregar para engrandecerlo y hacerlo cada vez mejor, más justo y más libre.

Los chilenos, y en especial los socialistas, nos inclinamos ahora ante la memoria de Salvador Allende, cuyo legado ético es y será motivo de orgullo para quienes fuimos sus camaradas y somos ahora responsables de reinstalar en plenitud la democracia chilena y de profundizarla, enrubándola en la dirección del socialismo.

Conciudadanos hemos pasado revista a variadas facetas que configuran la herencia política y moral que la figura de Salvador Allende deja a los demócratas chilenos, para que inspiren y motiven su quehacer en estos años en que estamos restaurando en nuestra patria las instituciones republicanas. Pero no es por la nostalgia hacia el pasado que evocamos ahora su memoria, sino por la mira puesta en el futuro de Chile, con la esperanza que los valores que impregnaron la vida de Allende sean recogidos y cultivados para que florezcan en un porvenir venturoso para la patria que en paz y en justicia deberemos construir fraternalmente todos los chilenos. Así seremos fieles a las enseñanzas que se desprenden de la combativa existencia del presidente mártir y así podremos en el mañana los socialistas que fuimos sus camaradas, estar satisfechos por haber seguido su ejemplo y ser los continuadores de su obra.

Presidente Allende, sus compañeros le decimos: ¡descansa en paz!